

Para Don Manuel de Irujo y Ollo,  
 en su próxima  
 celebración de un  
 nuevo año de su  
 hermosa existencia  
 por la Patris Vasca: 88  
Francisco de Aburruta

PALABRAS PRONUNCIADAS POR FRANCISCO DE ARRISQUETA 79  
EN LA SESION SOLEMNE DE LA SOCIEDAD BOLIVARIANA DE  
COLOMBIA REUNIDA CON MOTIVO DEL 196 ANIVERSARIO DEL  
NATALICIO DEL LIBERTADOR

- Casa Bolivariana de Bogotá, 24 de julio de 1979 -

PALABRAS PRONUNCIADAS POR FRANCISCO DE ABRISQUETA  
EN LA SESION SOLEMNE DE LA SOCIEDAD BOLIVARIANA DE  
COLOMBIA REUNIDA CON MOTIVO DEL 196 ANIVERSARIO DEL  
NATALICIO DEL LIBERTADOR

- Casa Bolivariana de Bogotá, 24 de julio de 1979 -

No puedo traer, Señor Presidente de la Sociedad Bolivariana de Colombia, en este señalado día, ante la Sesión Solemne de la Sociedad Bolivariana de Colombia que nos congrega, la erudita exposición, revestida de elocuencia, que corresponde a tan especial evento, porque infortunadamente ni el saber profundo, sobre el Padre de la Patria ni el don de la palabra son prendas que me adornan. Con tan grandes limitaciones, aceptadme en esta celebración jubilosa, y en calidad de modesto cronista de recientes jornadas bolivarianas vividas en mi País Vasco de origen, que os haga su llana reseña, carente de retórica pero colmada de emotividad y meditación, originadas ambas en la que fue la primera ruta europea del Libertador. Todo ello, en cumplimiento de vuestro honroso e inmerecido encargo que tanto agradezco.

\* \* \*

## RECONSTRUCCION VASCO-BOLIVARIANA

Desde el puerto castellano de Santoña hasta la Puebla vizcaína de Bolibar, seguimos los pasos del estudiante caraqueño que atañen a circunstancias, indicativas en la existencia del hijo menor de Don Juan Vicente de Bolívar y Ponte y Doña María de la Concepción Palacios y Blanco, tales como la estirpe, la educación afrancesada, los amores que tan grandes huellas marcaron, la introducción a las nuevas ideas revolucionarias europeas, las transacciones dinerarias y la vida espiritual, política y social del País Vasco así como de la vecina Francia. En ese escenario, al comienzo del Siglo XIX, la singular capacidad de observación y la receptibilidad de que gozó siempre el futuro supremo conductor de América tuvieron que permitirle la captación del ambiente, de la cultura nacional y de los elementos peculiares que le rodeaban. Algunas influencias, algunos recuerdos, debieron fijarse, necesariamente, en su formación, a edad tan temprana. Nuestro héroe fue parco en trasladar a sus escritos el contorno geográfico, el modo de ser de la sociedad y las ocurrencias públicas por donde pasaba. El espacio vital vasco que atraviesa y en el que reside no es excepción a la regla. Poco sabemos por su pluma o a través de la información personal recogida por terceros acerca de la vida vasca, en la que, sin duda, participó du

rante meses de ese comienzo de centuria. Por nuestra parte, con el afán de intuir la y rehacerla, acudimos a los lugares bolivarianos del País Vasco, documentados por las biografías más fehacientes del Libertador.

#### DESEMBARCO Y JORNADAS EN EUZKADI SUR

Comenzamos por los puertos del Mar Cantábrico. La bahía santanderina delimitada de punta a punta entre Santoña y Laredo, a donde recaló, en abordaje forzoso, el navío San Ildefonso, en Mayo de 1799. Vista la ensenada desde la atalaya en el promontorio occidental, a más de 200 metros sobre el nivel del mar, su boca es amplia, acogedora, propicia para el refugio de embarcaciones a la deriva, como andaba la nave que traía a bordo al adolescente americano. Hacía 180 años, que, en el pequeño puerto pesquero de Santoña, frente al Golfo de Vizcaya, desembarcó Bolívar. Aquí principió la experiencia europea, la visión del mundo histórico y latente que sojuzgaba al resto del mundo, al sumido por dominaciones metropolitanas.

Por el litoral, hacia el Este, a pocas leguas de distancia, el puerto comercial bilbaíno, rodeado de minas de hierro y activado por la industria del metal, destino que, dos años más tarde, Bolívar elegiría para domicilio y punto de acceso a la Fran-

cia del imperio napoleónico. Al término de ese trayecto costanero, la ciudad de mercaderes, ilustrada y burguesa, la Villa de Bilbao, residencia temporal de la que estaba llamada a ser la malograda esposa del americano recién instalado, la pretendiente que despertó, como él lo confiesa en sus relatos a Perú de Lacroix, "los vapores del más violento amor".

Penetrando, camino del interior, en el Señorío de Vizcaya, el régimen político propio, centrado en Guernica, y la propiedad rural vasca familiar que rememoramos al leer las disposiciones del mandatario colombiano sobre distribución, también familiar, de la tierra entre los componentes de los ejércitos vencedores. Al costado de la Capital Foral de Vizcaya, la raíz nutricia de los Bolívar, en la Puebla de su nombre. Yendo en dirección de la muga pirenaica, Vergara, la del Seminario de Nobles y de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. De ese centro de enseñanza fue traído a Colombia un científico de origen vasco: D'Elhuyar, padre del patriota de los ejércitos republicanos. Y de no muy lejos había salido, en el Siglo XVI, un personaje controvertido. Lope de Aguirre. Para unos, loco, demonio, peregrino, duende maligno del Llano. Para otros, rebelde amazónico de los grandes ríos, Fuerte Caudillo de los Invencibles Marañones, precursor de la libertad hemisférica. Para

Bolívar, es digno de anotar, fue, por transmisión de las consejas de la maternal negra Hipólita, un protagonista de sus tertulias de sobremesa, escogiendo los "pasajes y rasgos más intersantes y más heróicos" del formidable e inmisericorde libertario vasco, según leemos en el "Diario de Bucaramanga". No debió de faltar en esas veladas de la Ciudad de los Parques, la referencia a la Carta del "natural vascongado", "vecino de la Villa de Oñate", al "Rey Felipe, natural español". "Avísote, rey español, -reza la insólita misiva- que estos tus Reinos de Indias tienen necesidad que haya toda justicia y rectitud, para tan buenos vasallos como en estas tierras tienes, aunque yo, por no poder sufrir más crueldades que usan tus oidores, visorrey y gobernadores, he salido de hecho con mis compañeros de tu obediencia, ..... para hacerte, en estas partes, la más cruel guerra que nuestras fuerzas pudieren sustentar y sufrir".

Luego, reanudando nuestra marcha, San Sebastián, sede de la "Compañía Guipuzcoana de Caracas", que como, con justeza, esboza el ensayista Salcedo-Bastardo, por un lado fomentó la riqueza y el comercio marítimo y limpió de piratas las costas del Caribe y, delimitando la jurisdicción de la Audiencia de Caracas, dió unidad al mapa venezolano; y por otro, con el monopolio económico para que fue creada, provocó los primeros intentos popu-

lares de insubordinación criolla contra los muchos abusos de las instituciones españolas y de sus funcionarios en América, entre ellos los de la propia Guipuzcoana. No olvidemos que Simón, durante su despierta niñez, desde el hogar de sus padres y las casas de sus tíos había vivido las consecuencias de la historia económica de la empresa comercial y naviera vasca.

#### PASO POR EUZKADI NORTE

Una etapa más al Nordeste, el País Vasco de ultrapuertos en el marco político de la República francesa recientemente instaurada, con su Villa de Bayona y su natural atractivo, mundano e ideológico, que fascinó al elegante y diletante americano. Entre las siete nuevas cartas de Bolívar, recientemente adquiridas por el Gobierno venezolano, escritas a su amigo, Alexandre Dehollain Arnoux, con quien intimó en Bilbao, se encuentra una que rompe la parquedad del refinado doncel de aquellos días, a la hora de contar impresiones personales de sus viajes. En el pliego, puesto en Santander el 13 de abril de 1802, Simón no anda con rodeos en sus comparaciones, antes bien se deja arrastrar, un tanto, de la natural hipérbole de los primeros contrastes perspectivas: "... aseguraré a usted -confiesa a Dehollain- que más me agrada Bordeaux que la Corte de España. ¡Qué cor

tesía! ¡Grande amabilidad! ¡Qué gente tan bien criada es la de toda la Francia, y, sobre todo, la de París! Yo puedo asegurar que la España me parecía un país de salvajes (sic) cuando la comparaba a la Francia, y así, esté usted seguro que si vengo a vivir a Europa, no en otra parte que en París". Eso ocurrió, precisamente, en su segundo traslado al Viejo Continente.

#### EN LA PERSONALIDAD

De cualquier manera, ninguno de aquellos sucesos y atmósferas sociales, en el trecho bolivariano vasco pudieron ser desconocidos para Simón Bolívar Palacios. Tenían una relación muy íntima y próxima con la tierra americana que había abandonado en La Guaira hacía dos años. En el recorrido esquemático que vamos haciendo, vale la pena insinuar, por inconsciente que haya podido ser, el impacto, sin relegar, desde luego, otras muchas y más poderosas influencias acumuladas en su agitada vida, insinuar digo, la impronta sobre el carácter, el pensamiento y la acción de Bolívar a lo largo de su esplendoroso devenir, que pudo causarle su ascendencia y el mundo circundante entre los 17 y los 19 años; abiertos, desprevenidos.

Reparemos que ciertos factores psíquicos y temperamentales, determinadas facultades intelectuales innatas, moldeadas en

él, indiscutiblemente y de manera definitiva y gigante, por el nudo de los orígenes dispares y por las tres veces secular suce-sión americana, coinciden con los que, positivos y negativos y extremos en veces, se atribuyen al prototipo del hombre vasco. El sentido del deber, la tenacidad, el dinamismo y las dotes de organizador, la concisión, el pragmatismo, la capacidad de intuición y de previsión. "El hilo de sangre que brotó en las peñas vizcaínas -observa don Alfredo Vázquez Carrizosa-; el de un Simón Bolívar quien llegó en 1527 a las playas venezolanas; el de los Bolívar bilbaínos, que se transmitió a través de las genera-ciones y se mezcló con la sangre americana, es la verdadera explicación de tanta historia...." Esto, muy a pesar del juicio, doblemente tendencioso, de Salvador de Madariaga, cuando trata de Bolívar y su vasquía, pero no así a la hora en que aproxima la atrayente personalidad del Libertador a otros influjos y procedencias.

De las formas faciales hereditarias de Bolívar Palacios ya han opinado sus fisonomistas. Por fuera de otros distintivos que le diferenciaban, la ancha y despejada frente, la depresión de las sienas, la protuberancia de los pómulos, lo largo del rostro, la mandíbula puntiaguda, la nariz larga y afilada, la cara ovalada y angulosa, repiten las más comunes descripciones de la antro-

pología distintiva del pueblo vasco. "Revélase -dice el Profesor López de Mesa- lo vizcaíno suyo en algunos rasgos fundamentales de su fisonomía, nariz, cejas y ojos, por ejemplo, y en esa su conformación maciza de la órbita en general, sobre una cara alargada y enjuta". Y François Désirée Roulin, quien dibujó del natural, en 1827, el famoso perfil que sirvió a Tenerani para esculpir la figura de Bolívar, por su parte, hace esta semblanza fisonómica: "El Libertador tenía el perfil enteramente vascongado y griego, principalmente por el corte del rostro, la pequeñez de la boca, la amplitud de la frente y la rectitud de la nariz, muy finamente delineada".

Esta disquisición somática, si quieren ustedes intrascendente, me lleva al hallazgo en nuestra visita al Bilbao de Bolívar de una nueva miniatura juvenil del Libertador. Fue encontrada en la capital de España hace unos veinticinco años. Es un retrato de busto entero, cabello cuidadosamente arreglado en ondas; cara vuelta a su derecha, afeitada; tez blanca pálida; franca mirada de frente; brazos cruzados; actitud reposada, esbelta, distinguida. Usa camisa blanca, corbata azul oscuro y casaca abotonada del mismo color; alto cuello y puños anchos granates, engalonados, como las charreteras, en oro viejo. Lleva, al costado izquierdo, estrella de siete puntas agudas, pendiente del pecho.

Es el Bolívar impecable y deslumbrante del Palais Royal y Hyde Park. El propietario actual de la miniatura pertenece a la distinguida familia bilbaína de Lecanda Rochelt, por verdadera coincidencia dueña también de la casa que habitó Bolívar, en 1801 y principios de 1802, el número uno de la llamada Banco de España, en la capital vizcaína. El regio edificio, viejo palacio urbano, es una bella mansión de fines del Siglo XVII, edificada por la familia Salcedo, originaria del Oeste Vasco, cuyo escudo esqu<sup>er</sup>no luce a la altura del tercer piso. Fue levantada de piedra sillería, en los entonces extramuros de Bilbao. La conservación cariñosa de esta joya arquitectónica e histórica bolivariana es magnífica.

Volviendo a la miniatura anónima de Simón en su década veinteañera avanzada, la obra artística, sin género de dudas, coincide con el óleo sobre tela del retratista de la corte española, de mediados del pasado siglo, Federico de Madrazo. El lienzo de Madrazo lleva fecha de 1836 y se conserva en el Banco de la República de Colombia, en sus oficinas de Bogotá. Es de creer que la miniatura fue tomada del natural, y que el retrato del Banco Emisor sea copia veraz y ampliada de la miniatura. Este descubrimiento nos produjo sorpresa bien grata en nuestro peregrinaje bolivariano por los parajes de Vizcaya.

EN EL PENSAMIENTO NACIONAL

Las ideas capitales y los propósitos firmes del Libertador tienen su indiscutible contagio intelectual en el pensamiento revolucionario de Europa y de América sajona, pero más que nada brotan decisivos de la angustiosa realidad colonialista de América. Así y todo, no deja de ser llamativo el hecho de que los elevados principios de libertad y democracia, de imperio de la ley y de la justicia, de consagración de los derechos humanos, de la unidad política en la homogeneidad geográfica y étnica, de espíritu progresista, se daban de tiempo atrás, adecuados al hecho diferencial y a las singularidades de la época, en esa tierra de los mayores de Bolívar. Los proyectos de las constituciones bolivarianas para los Estados que va creando el Caudillo, contienen postulados paralelos a los que de antaño estaban prescritos en los Fueros Vascos, vigentes en su plenitud hasta 1839. La salvaguardia de la autodeterminación y del pacto personal con la Corona fueron la esencia de la comunidad entre los vascos y los Reinos de la Monarquía. Semejantes, salvando circunstancias de tiempo y lugar, a los de la sugerencia bolivariana para la reunión anfictiónica de Panamá. El precepto de la libertad y su complemento la ausencia de la esclavitud, de la servidumbre y de la autoridad feudal. La norma de la igualdad del indi-

viduo en la sociedad, ante la Ley y el Estado. La defensa y el amparo de la dignidad humana por la constitución y las Leyes, el poder político del ciudadano, se hallaban establecidos en el Derecho consuetudinario antiguo de los vascos y en la legislación promulgada por sus asambleas parlamentarias y escrita desde el Siglo XV para el caso vizcaíno.

Tal organización civil y política democrática, la contempló y vivió Simón Bolívar en sus años mozos, durante su transcurso bilbaíno. Referente al año en que el muchacho mantuano se acercó en la Villa marinera, Guillermo de Humboldt, que coincidió con Bolívar en Bilbao, escribía, inmediatamente después de su visita a Euzkadi y de sus famosos estudios sobre filología vasca, esta apreciación: "Todos -informa Humboldt- los felices efectos que produce el sentimiento de una libertad bien ordenada y de una igualdad perfecta de derechos, se encuentran evidentemente realizados en el carácter de la nación vizcaína. Vizcaya es el único país que he visto en que la cultura intelectual y moral sea verdaderamente popular, en que las primeras clases de la sociedad no se hallen separadas por una distancia, por decirlo así, inmensa, de las últimas; en que la instrucción y las luces de aquellas han penetrado al menos hasta cierto punto en las últimas y en que la hombría de bien, la franqueza, el inocente can

dor de éstas no es extraño a aquéllas. En esto se halla, sobre todo, el gran atractivo que tiene para mí este país", termina el sabio prusiano. Las palabras de Guillermo de Humboldt recuerdan los sueños del Libertador para su América, cuando emancipa y construye los países de la vasta e ingente epopeya, cuando los libera del absolutismo. La igualdad y la armonía social, la abolición de las discriminaciones, la identidad en las oportunidades, la nivelación de la riqueza, y, ante todo, el pueblo, son sus últimas metas.

De algún modo y en algún grado, aún cuando incipiente, en la mente ávida de sus 18 años, por pequeña que fuera la sociedad que así se regía ante sus ojos, las particularidades humanas y políticas del País de los vascos tuvieron que llamar la atención de quien tanto aprendió en su andar europeo y tanto recibió de sus maestros librepensadores. Porque sintió las injusticias de los viejos cuños españoles, la férula de su despotismo y admiró y tuvo presente los modelos que respondían a los llamados del progreso, la cultura, la democracia, el derecho, la justicia y, en última instancia, la libertad, que fue el real motivo y la explicación rotunda, férrea y constante de su magna obra. Desde Europa empezó a vislumbrar la concepción americana como unidad geográfica y política en la libertad y en la concordia uni-

versal. Las diferenciaciones raciales, etnológicas y lingüísticas de Europa originarían más tarde el revolucionario concepto de las nacionalidades y de su derecho a la soberanía. Bolívar se anticipa a fundar, en la fusión de todos estos integrantes de afluencias múltiples y en la libertad, el mismo derecho a la disposición de los destinos de los pueblos. Para el esclavo la Patria es la libertad. Para Bolívar esa libertad era la de América entera. Dos rumbos, aparentemente antagónicos pero coincidentes, hacia la independencia de las naciones.

#### EN EL PENSAMIENTO CONTINENTAL

Prosigamos nuestro deambular bolivariano por tierras euzkaldunas.

También entró en los itinerarios de Bolívar la tierra vasca de Alava, en el camino de Bilbao a Castilla. La atravesó en sus viajes a la Corte madrileña por la vía burgalesa de Ameyugo, a un tiro de ballesta del Solar materno de los Palacios, al Sur de la ciudad de Vitoria. Alavés era Fray Francisco de Vitoria, el mentor de muchas reformas sociales y legislativas americanas durante la dominación española, padre del derecho internacional, de quien dice Enrique Caballero Escovar: "Las Casas denuncia. Vitoria -haciéndose eco- esculpe el derecho de gentes. Y se le

vanta para decirle a su Rey que no se pueden invadir los terrenos ocupados por los nativos, y al Papa que el Vaticano no puede pretender jurisdicción sobre los paganos, y que no le es permitido adjudicar los terrenos de éstos a los príncipes católicos. Se trata de un momento refulgente, de escandalosa belleza. Brilló el derecho como nunca hasta entonces..... La verdadera voz de la iglesia y de la razón se levantó en Salamanca y retumbó como un trueno en los Andes. Ante ella Carlos V dobla la rodilla, deroga la legislación vigente, y a poco entrega la corona .....", concluye el amenísimo escritor colombiano. Pero la opresión poco entiende de silogismos. De la letra a la práctica hay un océano de distancia. Faltaban dos siglos y medio para que ocurriera el acontecimiento que hoy nos agrupa en esta Sala de la Sociedad Bolivariana de Colombia.

En la "Relection de Indis" y la "Relection de Iure Belli" nuestro jurista vitoriano va sentando las bases morales del rechazo a la conquista y a la presencia española ilímite, incondicional y abusiva; a los sistemas de sujeción y esclavitud negra, a los abusos de la explotación indígena en la mina y en la encomienda. A la tiranía, en una palabra. Y va concluyendo, con sus raciocinios, el Lector esclarecido de Saint Jacques y Salamanca, los fundamentos de las relaciones entre los Estados, que luego presi

den de hecho, en la teoría y en las propuestas bolivarianas, las fórmulas vinculares para los países de habla castellana en esta área del planeta. El equilibrio político, la igualdad de los Estados, la no intervención, la unión y la confederación para fines sociales, la cooperación en todas las formas viables, la solución pacífica de los conflictos, el arbitraje, son proposiciones vitorianas en la exégesis de este insigne pensador vasco del Siglo XVI. Máximas universales y postulados libérrimos de Bolívar también, para el caso específico de América. Es, pues, evidente que el busto de Francisco de Vitoria a la entrada del Hall de las Américas en el Edificio de la Unión Panamericana en Washington, muy próximo al central de Simón Bolívar, ocupa el lugar que le corresponde.

No debe creerlo así el biógrafo alemán de Bartolomé de las Casas, Juan Friede, cuando, confundiendo la doctrina pura del maestro vasco con las desviaciones concretas de los españoles, en ningún caso defendidas por las tesis vitorianas, culpa a Fray Francisco de esa aplicación, y, por ende, le endilga nada menos que el apelativo de "padre espiritual del imperialismo colonialista". El regente de la Cátedra de Prima Teológica no ha sido desagraviado de tan torpe ofensa. El inspirado teólogo que, como resume Jesús de Galíndez, alavés también, en "La Aporta-

ción Vasca al Derecho Internacional", aparecida en Buenos Aires en octubre de 1942, proclamó valientemente "el principio de la libertad de todos los pueblos, cristianos e infieles, grandes y pequeños, negando legitimidad a la conquista imperialista y al poderío temporal del Papa". El tomista que sentó "el principio de la solidaridad internacional entre todos los pueblos", "el Derecho de Gentes" y sus deberes consiguientes, y definió la guerra justa, y el "ius soli" lo que equivale a la ley del territorio, que ha dado razón jurídica a las naciones americanas, fundadas por Bolívar.

#### LA FUNDACION VASCO-BOLIVARIANA

Habrán sabido disculpar mi dedicación a un ciclo de la mocedad de Simón Bolívar que cuando no es totalmente olvidado en las biografías, transcurre rápido, confuso, impreciso, contradictorio y sin advertir vivencias, fuera de la muy importante de su romántico noviazgo y enlace con María Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza. A un ciclo enteramente civil del heredero del mayorazgo de Aristeguieta, de los cacaotales del Valle de Aragua, de las tabacaleras del Tuy y de las minas de cobre de Aroa. A una temporada en la cual hubo mucho de comprensible vanidad estudiantil en el rico y galante indiano, el "dandy" de Emil Ludwig, pero que no estuvo vacía de arranques valerosos, sus

primeros indicios de conciencia de la libertad e independencia americanas, como los del expediente domiciliario de Caracas y los comentarios atrevidos a los 16 años sin cumplir ante respetables señores, el Virrey Don Miguel José de Azanza y de Navarraz, el oidor Don Guillermo de Aguirre y de Viana y el General Miguel Ricardo de Alava y de Esquivel en la capital del Virreinato de Nueva España. Ni le faltaron inquietudes del intelecto ni goces del espíritu. A un período de poco más de un año radicado en el País Vasco, entre los puertos de Bayona en el extremo Norte y Bilbao en el Occidente, importadores de géneros tropicales ultramarinos. Me ha impelido a elegir bocetos de ese relegado capítulo de la vida del Prócer por excelencia de América, ciertamente, la omisión muy común y el desconocimiento de un pasaje singularmente vasco, en la literatura bolivariana, círculo dentro del cual se movió y actuó el emancipador de América a la edad de transición entre la niñez que dejó en Caracas y la madurez sorprendente que alcanza en su segunda estadía en Europa. Pero también me han inducido a tocar este tema, focal en mi pequeña disertación, dos grandes afectos personales: el de Bolívar y el del País Vasco. Coincidía, en esta oportunidad, la realización de un proyecto bolivariano anhelado desde tiempos lejanos, que en mi derrotero vasco de Bolívar quedó cristalizado: La fundación de la "Sociedad Bolivariana del País Vasco", suce-

so que tuvo lugar en Bilbao, el 9 de Mayo de este año, en los salones del Palacio de la Diputación Foral del Señorío de Vizcaya. Ninguna ofrenda más bella ni más sentida podría presentar, en este día del advenimiento de Bolívar a la tierra americana, en mi nombre y en el de los socios fundadores de la naciente Sociedad, que esa obra concreta de los vascos, al más grande hombre político universal, que honra a un apellido del idioma preindoeuropeo. Por esas razones, me propuse, si quieren ustedes, sorprenderles con la narración sencilla, casi coloquial, de la gira vasco-bolivariana que tuvo culminación en la creación de la nueva Sociedad consagrada a la veneración del Libertador, en el Solar de su primer abuelo. Nunca antes el nombre y la grandeza de Simón Bolívar habían resonado en el Salón de Sesiones del Palacio Ejecutivo vizcaíno. Estaban presentes los máximos mandatarios del Señorío, los Cónsules bolivarianos, el Presidente de la Federación Internacional de las Sociedades Bolivarianas, representantes de la intelectualidad vasca y nativos de estos países americanos hijos de inmigrantes vascos. Soy portador del saludo muy entrañable de la Junta primera de esa joven Sociedad para su hermana de Colombia. Es que fue en Bogotá en donde se concibió la idea de contar con una institución bolivariana en la Patria de Simón de Bolívar y Ochoa de la Rememtería, el Viejo.

## HOMENAJE EN LA PUEBLA

Estuvo dispuesto que nuestra andadura peninsular terminara en el lugar de origen de los Bolívar, en la Puebla de su nombre, comarca de Marquina, oculta entre el mar y las montañas éuzkaras. Al día siguiente del acto fundacional, nos trasladamos al pie del monumento que se levanta en la Puebla de Bolibar, en el centro de la pequeña plaza de Andrés F. Ponte, delante de la edificación que fue el Palacio de los Bolibar-Jáuregui y de la casa consistorial del poblado, de cuyo balcón corrido pendían siete banderas: junto a la bicrucífera vasca las de los países bolivianos. A un costado la Iglesia rústica de Santo Tomás y a pocos metros la casería de Ochoa de la Rementería, la del molino de los antecesores paternos del Libertador. Todo fue íntimo y recogido. Esta vez no sonaron los clarines ni los tambores marciales que merecía el guerrero victorioso en los campos de batalla andinos. Lo hicieron las campanas de bronce enmohecido, pausadas, del templo que guarda, bajo losas de piedra gastada, en el vetusto pórtico, los restos de Bolívares, Rementerías, Ibargüenes, Ochoas y Andixpes. Que custodia, en amarillentos libros de registros eclesiásticos del Siglo XVI, las anotaciones referentes a vecinos de esa misma onomástica.

La misa, cantada en el ignoto idioma vasco por el párroco

de la aldehuela, concelebrada por ancianos religiosos, misioneros en su juventud en las selvas colombianas, parecía una invocación perentoria, atávica al espíritu remoto de los ancestros que allí vivieron siglos pasados. A las fuerzas que convoca, sin preámbulos ni introducciones innecesarios, de un solo golpe, el Ex-Canciller Indalecio Liévano Aguirre, en el primer párrafo del primer capítulo de su "Bolívar", con estas certeras y sucintas palabras: "En Vizcaya, en el Siglo XIII, la familia Bolívar comienza una lucha que ha de tener su desenlace final, siglos después, en tierras americanas". Esa familia, permitidme glosar al ilustre biógrafo, esa familia era la familia vasca toda, esa lucha la de su libertad, ese desenlace reivindicatorio, más próximo, venturosamente, el de América.

Tres coronas humildes, campesinas fueron depositadas bajo el medallón de la efigie de Bolívar, apoyadas en las fuentes del monumento, las fuentes que alimenta el río Artibay, el de la herrería del apellido que ensalzamos ahora y siempre. Tres coronas confeccionadas con pequeños claveles rojos y blancos, entrelazados en hiedra verde por las manos de las monjas mercenarias enclaustradas en el convento de una recóndita localidad vecina.

Era un día luminoso de mayo. Las voces de los oradores,

la del Llano estóico, en boca del Cónsul venezolano, Mazzini Maio Negrete, la del Quindío mística y vibrante, en labios del poeta y Cónsul de Colombia Luis Fernando Mejía Marulanda y la arenga patriótica de nuestro dilecto colega, Doctor Antonio José Rivadeneira Vargas, fueron acogidas por las resonancias del valle agreste y cerrado. Cuál sería mi asombro, cuando advertí que un coro de pajarillos cantores, jilgueros, petirrojos, pinzones libres y un canario cautivo, gorjeaban sus primeros trinos primaverales, acompañando las encendidas saluciones de los representantes americanos.

La naturaleza, lejos de amenazar trepidante las Glorias de América y de su Libertador, como lo hizo un día de marzo de 1812 en Caracas, esa mañana diáfana estuvo presente para festejarlas con sus mejores galas de luz, de color y de armonía.

A las bandas de rigor, por imperativo del ámbito, las sustituyeron, interpretando el Himno a Bolívar del nonagenario Padre carmelita, José Domingo Ugartetxea, allí presente, quizás el primer Himno al Libertador, las reemplazaron las flautas y tambores primitivos y la alboka de los pastores. Los rebaños de ovejas pastaban, cuidados por los gozques amaestrados, en los prados cercanos de Iruzubieta, la de los aitonas testigos que en 1574 juraron la antigüedad originaria de los Bolívar; pacían en

las inclinaciones de la Colegiata nueve veces centenaria de Cenarruza; y en las vertientes de los montes y collados, el Kalamua heróico, el Alto de Erdotza y la Peña de Zapola.

Una pareja de juglares aldeanos, improvisadores del pre-histórico verbo vasco, cantaron, inmóviles, como dos tallas románicas, al Padre de la Patria Americana y al orgullo de los vascos por haber dado al Universo libre, desde aquel diminuto pliegue de serranías, su entraña más profunda y señera.

Yo sé que aquella fraternal, interior expresión de fidelidad bolivariana, estaba en un todo acorde con la idiosincrasia del pueblo vasco.

Había un último participante silencioso, en la ceremonia sobria y festiva al mismo tiempo. La palma extraña al medio ecológico pirenaico que nadie sabe cuándo ni cómo creció tímida a la vera de la casa solariega de la Rementería, casona hecha de bloques de granito vencidos por los tiempos, en la calleja de Don Vicente Lecuna, al borde del arroyo que dió su caudal frío, precipitado y perenne, al molinar de los Bolibar. Con ser exótica la palmera de la Rementería, a mí, en aquel sereno momento, no me pareció un dislate, junto a los abetos, los hayales y los alisos, y por sobre todo frente a frente a los robledales de la

tierra vasca que, con el elegido de Guernica, simbolizan y enardecen las libertades del hombre. No lo era, si pensamos que allí está también la sabia primeriza que, reencarnada en América, revolucionó al Nuevo Mundo de Bolívar.

Sed benévolo para con esta lectura menor de un novicio. No ha sido la del incienso elocuente que se esfuma, ni la del oro de grandes quilates, febril, que corroe las almas. Si acaso, ha querido ser la de la miel de los panales vascos, que como bálsamo de mirra, fue recogida en el mes de mayo, para honrar a Simón Bolívar, hoy, al cumplirse una nueva efeméride de su natalicio.

#### ESCALA OBLIGADA

La calzada retrospectiva de Bolívar, cuando de su nacimiento se trata, tiene que terminar en la casa hidalga de la Capital venezolana. Allí me llevó el impulso interior, a mi regreso a América.

Hay que suspender el paso un minuto ante los cuatro altos ventanales enrejados con barrotes de hierro forjado, frente al friso de la puerta pétrea que ostenta los blasones vascos de los Bolívares, el arcaico y el posterior que vimos en la Puebla. Hay que franquear respetuosos el soberbio portón de los tiempos

que en este instante revivimos, apuntalado con clavos de cabezas cobrizas. Hay que ir contemplando despacio, sin ruido, el zaguán, los corredores, los patios, las salas, las alcobas. Hay que detenerse reverentes en el dintel de la cámara nupcial y en el Oratorio de la Santísima Trinidad, y meditar que hace 196 años, al recién nacido al cobijo de aquellos anchos y acogedores aleros, le bautizaron en la pila que hoy adorna el patio principal, y le pusieron por nombre Simón José Antonio de la Santísima Trinidad.

Al fondo del hogar, levantado en la cuadra de San Jacinto a Traposos, colgadas de las ramas del robusto cedro, en las caballerizas, pendían delicadas orquídeas. En el patio de las materas, los granados de la tradición estaban floridos. La Casa Natal del Libertador era un remanso, acaso el único en el fragor de la moderna urbe venezolana, que otrora, en la alta noche del 24 de julio de 1783, fue cuna del Genio de América.